

Acad-II  
Esp-104

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

DON MANUEL DE SANDOVAL

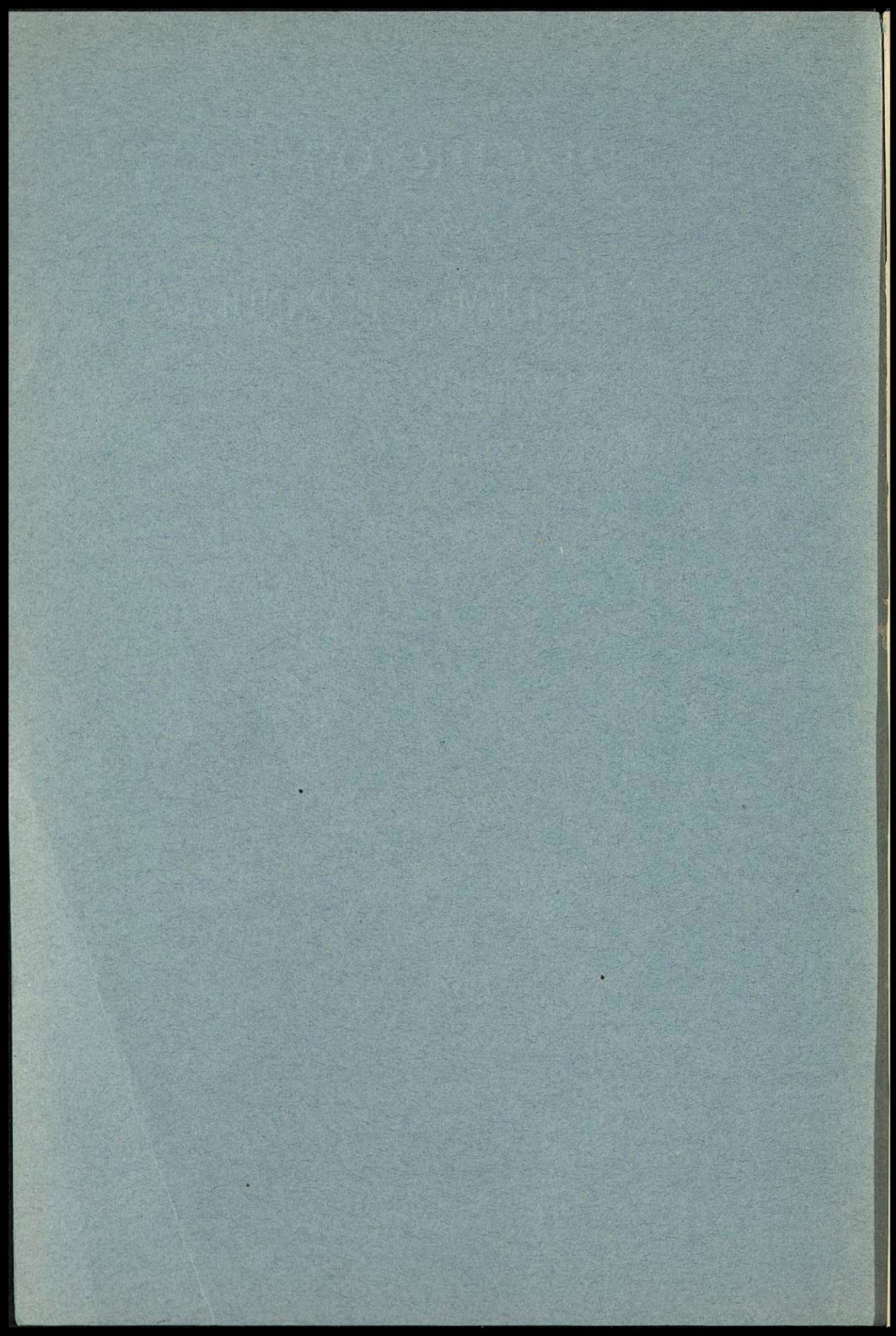
EL DIA 1.º DE FEBRERO DE 1920



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

1920



R 40715

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

DON MANUEL DE SANDOVAL

45

10

EL DÍA 1.º DE FEBRERO DE 1920

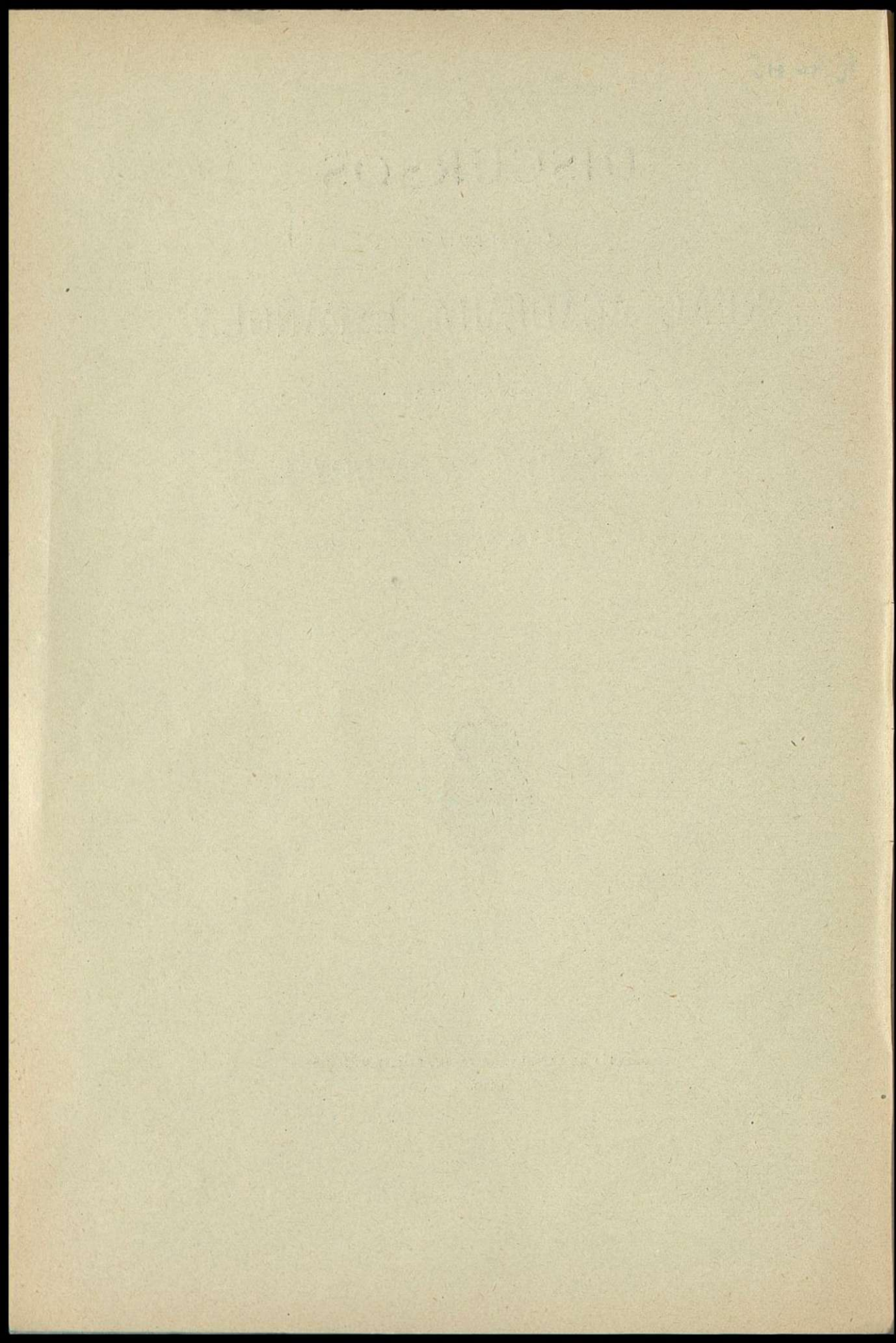


MADRID

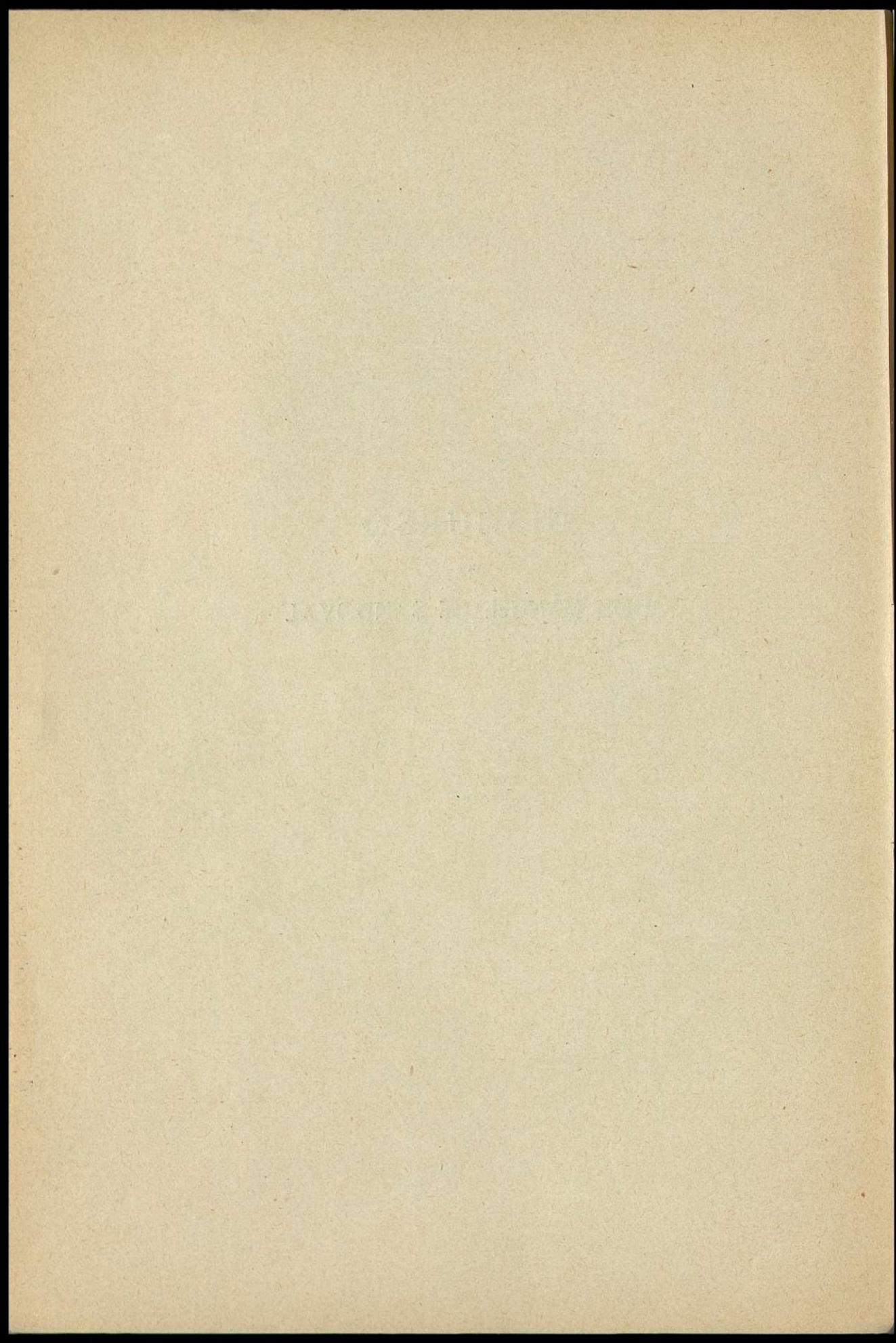
TIPOGRAFÍA DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

1920





DISCURSO  
DE  
DON MANUEL DE SANDOVAL



### SEÑORES ACADÉMICOS:

La modestia, aunque sea sincera y forzosamente sentida, cuando con exageración se expresa puede parecerse a la ingratitud, porque la negación absoluta de los propios merecimientos lleva implícita una censura para aquellos que, benignos y generosos, nos concedieron el honor que solicitamos. No he de negar, pues, el único título de que legítimamente debo ufanarme, ya que, por referirse, no a la inteligencia, sino a la voluntad, puede ser con franqueza proclamado, pues sé de sobra que al dignaros de elegirme habéis tenido en cuenta más mi acendrado amor y mi inquebrantable fidelidad a la Academia que el valor escaso de mis humildes obras, y no olvido ni olvidaré nunca que extremasteis vuestra indulgente benevolencia hasta el punto de enaltecer y realzar lo que después habíais de premiar con tanta largueza.

Al nombrarme Individuo Correspondiente me ofrecisteis ocasión para colaborar con respeto y asiduidad en vuestras tareas, y al proponer a Su Majestad el Rey un libro mío para el premio de la fundación Fastenrath, lograsteis para mí hidalga ejecutoria de poeta, que me permitió, según la frase de Solís, "llegar con la esperanza donde antes no llegaba con los deseos".

Por eso, si otros en este acto, siempre honroso y

solemne, han limitado su gratitud al hecho único y aislado de su elección, yo, para cumplir como bueno, tengo que retrotraer este sentimiento casi a los principios de mi carrera literaria, seguida en su mayor parte por mí a la sombra de esta ilustre Casa, y durante la cual me habéis alentado y fortalecido con benigna solicitud y con protección generosa.

El único modo de mostrarme agradecido es venir, como vengo, con pronta diligencia, acatando vuestro afectuoso llamamiento cual orden imperiosa, para ofrecer a la Academia, más que como cooperación, como homenaje, el tributo de mi actividad y de mi esfuerzo, inclinándome ante vosotros, no sólo en muestra de veneración y de gratitud, sino también para probar que estoy dispuesto a emprender la tarea, persuadido de que, más que un blando sitio para el reposo, habéis querido concederme un puesto de confianza para el trabajo y un grado de honor para la lucha.

En cuanto a lo primero, me ofrece dechado insuperable la vida ejemplar, laboriosa y fecunda de mi ilustre antecesor, cuya actividad, dentro y fuera de la Academia, fué tan varia, tan continua y tan provechosa. Varón de espíritu esforzado, de clarísima inteligencia y de robusta voluntad, supo ofrecer a la Patria, a la cual honró con sus escritos y con sus virtudes, el fruto sazonado y perfecto de sus afanes y vigiliás.

El que quisiera condensar en una frase el elogio de don Eduardo de Hinojosa, podría decir que tuvo en grado eminente esa altísima cualidad que tanto escasea y que se llama honradez científica y probidad literaria. Por eso su marcha fué tan segura, y su paso tan firme, y



tan dignas de crédito sus aseveraciones, y tan definitivos sus descubrimientos. Por eso “mostró siempre —como dijo nuestro ilustre Director— aquella desconfianza del propio juicio que acompaña y preserva a la verdadera sabiduría, y por eso fué premiosa su producción; porque no se cansaba de revisar, acrisolar, contrastar y madurar sus trabajos”. La magna *Historia del Derecho español*, por él voluntariamente interrumpida al convencerse de que no había llegado todavía el instante propicio para llevar a cabo tan formidable empeño, honra más la memoria de Hinojosa incompleta que terminada, porque es la prueba mejor de su sinceridad y el mejor contraste de sus obras definitivas, como la *Historia del Derecho romano*, tan apreciada dentro y fuera de España, y como las admirables y bien documentadas monografías que sucesiva e incesantemente fué publicando, al mismo tiempo que, tranquilo y confiado, continuaba su fecunda labor en la Cátedra y en las Academias.

Hinojosa fué un erudito de tan elevada estirpe, que no se contentó con allegar los materiales, sino que supo construir, porque sus múltiples y minuciosas investigaciones, al entrelazarse como raigambre viva, le permitieron penetrar hasta el fondo de las instituciones y de las épocas que estudiaba, y comunicar a sus escritos aquella animación y aquel interés que nacen de la visión exacta, reposada y completa de la realidad. No por súbita adivinación, sino por infatigable perseverancia, logró trazar aquellos cuadros de tan firme dibujo y de tan vigoroso colorido que se llaman *La privación de sepultura a los deudores*, *La payesía de remensa en Cataluña* o *El Derecho en el Poema del Cid*, obra capital e importantísima, considerada desde el punto de vista en

que aquí tenemos que colocarnos, lo mismo que su discurso de recepción en esta Academia, que tuvo por tema las *Relaciones entre el Derecho y la Poesía*, porque en ambos trabajos se unen, se hermanan y se completan los dos aspectos y las dos direcciones de la cultura y del espíritu de Hinojosa, que, solicitado desde su juventud por la doble vocación jurídica y literaria, consagró a estas disciplinas su vida entera, hasta lograr fundirlas en una superior síntesis histórica, que fué compendio y resumen de su actividad y fin principal de su obra, considerada en conjunto, como si su autor insigne, por un prodigio de su laboriosidad, de su constancia y de su ciencia, hubiera hecho revivir “aquellas sociedades primitivas, en las cuales se encuentran frecuentemente concentradas en una misma persona las funciones, tan diversificadas en las modernas sociedades, de sacerdote, de juez, de legislador y de poeta”.

Si el ejemplo de don Eduardo de Hinojosa ha de servirme de estímulo para el trabajo, la memoria del poeta inmortal que antes que él ocupó la silla que me habéis concedido ha de prestarme bríos y aliento para la lucha. El glorioso nombre de Núñez de Arce, que yo he pronunciado y pronunciaré siempre con reverente cariño y con fervoroso entusiasmo, y que en esta ocasión, que es la más alta y solemne de mi vida, no puedo dejar de repetir ante vosotros, despierta en mí, no sólo los *recuerdos, encantos y alegrías* de la niñez y de la juventud, sino que me hace sentir una emoción indefinible, en que el gozo y la pena, y el anhelo y la desconfianza, se mezclan y se confunden, pues lo que es para mí un título de gloria que me enorgullece, es, al mismo tiempo, una he-

rencia que me anonada y que me abruma. Yo, que empecé a escribir mis primeros versos cuando la fama del autor de los *Gritos del Combate* se dilataba triunfalmente por todos los países que hablan la lengua inmortal que tiene en esta Casa su santuario y su baluarte, y que entonces hubiera podido decir, parodiando a Víctor Hugo: “¡Quiero ser Núñez de Arce, o nada!”, ahora que veo próximo el instante en que he de ostentar la medalla que se honró en su pecho y que, por haber sido suya, ha de tener para mí el valor de una reliquia, mientras reconozco y mido una vez más la magnitud de vuestra bondad para conmigo, siento que me detiene y paraliza un temor tan hondo y tan sincero como mi alegría, porque

“... al mirar la cumbre inaccesible,  
a un tiempo mismo el corazón me asalta  
el miedo y el amor de lo imposible”.

Yo, que no negué al Maestro en los días de tribulación y de lucha, menos le he de negar en el día de la victoria; yo, que le seguí cuando todos le abandonaban, y le enaltecí cuando todos le discutían, tengo hoy la legítima satisfacción de proclamarme su admirador y su discípulo, pagando así pública y solemnemente la deuda de amor y de gratitud que con él contraje,

“que es deuda general, no sólo mía”,

y que España entera está obligada a pagar cumplidamente, redimiendo con un tardío, pero siempre oportuno y justificado homenaje, el voluntario olvido y la desdeñosa indiferencia con que amargó los últimos años de la vida del gran poeta, cuyas viriles y rotundas estrofas no podemos hoy leer sin hondo terror, al ver cercana la ca-

tástrofe que él anunció como vidente, y que nosotros tendremos que lamentar como víctimas, si, por desgracia, los hechos siguen, como hasta ahora, confirmando una por una sus predicciones y convirtiendo sus presagios en vaticinios con su elocuencia brutal y decisiva, pues la realidad parece obstinarse en probarnos que no era un iluso cuando decía:

“Caerá de sus altares el Derecho  
por el turbión deshecho,  
la Libertad sucumbirá arrollada,  
que, cuando el alma humana se obscurece  
sólo prospera y crece  
la fuerza audaz de crímenes cargada.

¡Ay si al romper su religioso yugo  
gusta el pueblo del jugo  
que en vuestra ciencia pérfida se esconde!  
¡Ay si, olvidando la celeste esfera,  
el nieto de la fiera  
sólo a su instinto natural responde!

¡Ay cuando sepa que en la selva umbría  
la bestia no tenía  
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades;  
entonces la revuelta muchedumbre  
tal vez, Europa, alumbre  
con el voraz incendio tus ciudades!”

X —

Para cumplir el ineludible deber que vuestros estatutos me imponen, voy a hablar, no como crítico, sino como aficionado, de lo *inconsciente* y lo *involuntario en las obras literarias y poéticas*, mostrándome ante vosotros como soy, sin tratar de lucir una erudición que no tengo y sin afectar una profundidad que no alcanzo, procurando fatigar vuestra atención lo menos posible y valiéndome únicamente de mi propia observación y de mi limitada experiencia.

En las obras literarias, y singularmente en las obras poéticas, existe o puede existir un elemento o, mejor dicho, un germen sutil e impalpable, que escapa a la penetración y a la perspicacia de la crítica contemporánea; pero que, desenvuelto por la acción de los años o por la fuerza de los hechos, parece renovar la parábola del grano de mostaza, “el cual es a la vista menudísimo entre todas las semillas, mas en creciendo, llega a descollar entre las plantas, y hácese árbol, y las aves del cielo bajan y se posan en sus ramas.”

La complicada psicología de la voluntad nos revela que hay en nosotros fuerzas misteriosas y desconocidas que no obedecen a nuestro albedrío, pero que en un momento de peligro o de angustia surgen poderosas, salvándonos a nosotros mismos, o haciendo que podamos salvar a nuestros semejantes, con un impulso de sobrehumano poder, o con un arranque de no sospechado heroísmo.

Yo quisiera estudiar ante vosotros algo de un fenómeno semejante que, en cierto modo, se manifiesta en las obras del hombre como en el hombre mismo, y que hace que el juicio de los contemporáneos se modifique en tiempos posteriores, y que cambien por completo las razones y los motivos de estimación de una obra, trastornando, como ahora se dice, *los valores literarios*, y revocando las sentencias dictadas acerca de las obras artísticas por los que convivieron con sus autores, porque, cegados o distraídos por lo circunstancial, contingente y relativo de la vida diaria y del afán constante, no pudieron o no quisieron descubrir lo fundamental, necesario y absoluto que la obra, como en germen, encerraba.

Esta constante y nunca definitiva rectificación, que

tan poco vale y significa cuando obedece al capricho o a la extravagancia de una moda exclusivista e intolerante, tiene, en cambio, importancia excepcional cuando está justificada y producida por la intervención de ese elemento que el autor desconoce y que la crítica descubre.

Veamos primero lo que no es, y recordemos como ejemplo el nombre y las obras de un escritor en que este elemento no se manifiesta en modo alguno, teniendo presente que, al elegirle para que me sirva como de modelo en esta parte preliminar y negativa, lo hago porque, sin duda, es uno de los más grandes, aunque entren en cuenta los mayores que la humanidad ha producido, pues el elemento de que hablo no es ni puede ser esencial, aunque sea importantísimo, y lo es mucho más con relación a las obras que a los autores de ellas, y, más aún que a las obras, al efecto que en nosotros producen.

Quevedo es para mí el modelo insuperable de los escritores conscientes de su genio y del alcance, valor y trascendencia de sus obras. Diríase que la portentosa inteligencia del Señor de la Torre de Juan Abad todo lo conoce, lo adivina, lo previene y lo sabe, y que para su mirada, que abarca lo grande y escudriña lo pequeño, no hay nada obscuro, impenetrable ni escondido.

Lo mismo defendiendo a Epicuro que comentando el Evangelio; escribiendo la vida del Buscón, o la vida de los Santos; en sus obras religiosas, políticas y morales, que tan graves y tan profundas nos parecen, y en sus obras festivas y jocosas, que son, en realidad, más graves y más profundas todavía, su ingenio, por nadie superado, nos sorprende siempre, pero no se deja sorprender jamás; la obscuridad que con frecuencia se advierte

en sus escritos no nace de falta, sino de exceso de luz, que, al disipar con intensísimo resplandor las tinieblas, nos produce ofuscación y deslumbramiento, y que, al penetrar en lo más recóndito y retirado, no sigue la recta inflexible que le marcó la Naturaleza, sino los violentos zigzags que la obliga a recorrer su imperioso y autoritario capricho, haciéndola refractarse y reflejarse cien y cien veces, con una complicada y diabólica combinación de prismas y de espejos.

Por grandes que sean el saber y la penetración de sus lectores, tendrán que resignarse a seguirle como arrebatados por aquella fuerza sobrehumana, que ya se manifiesta como invencible energía, ya como habilidad prodigiosa; y admirarle cuando maneja sin esfuerzo la clava de Hércules o cuando, dominando aquel arte que en su tiempo se llamó tropelía, juega con las ideas y sabe presentarlas por sus facetas más originales y sorprendentes o lanzarlas a lo alto para que la luz las irise y las policrome, y veamos absortos, subyugados y embebecidos sus matices más ricos, más inesperados y más brillantes.

Como el magnate que adorna e ilumina su casa cuando va a recibir en ella la visita del Soberano, nuestro espíritu ha de prepararse y esclarecerse para poderle comprender; pero, al seguirle en su ascensión triunfal, nuestra inteligencia será como el candelabro que el Grande levanta en su diestra, cuya luz se anega y palidece en medio de la profusa claridad que inunda la escalera, y que no sirve en manos de su dueño para alumbrar al rey que viene a honrarle, sino para realizar en su presencia un acto de sumisión y acatamiento.



Por eso en los pasajes más difíciles y más complicados del inmortal satírico, por desmesuradas que sean nuestra vanidad y nuestra presunción, tenemos que confesar que si no alcanzamos a comprenderle, es sólo por insuficiencia propia, y nos convencemos de que allí nada hay de incompleto, aunque haya mucho de inaccesible. Sin duda dijo lo que quiso decir en aquél como en otros lugares que ya logramos desentrañar y comprender. Y así, a medida que le estudiamos más y más, y que nuestro espíritu se eleva con la contemplación amorosa y perseverante de su obra vastísima, multiforme y compleja, advertimos que se agranda y crece nuestro horizonte sensible; lo que no crece, ni puede crecer ni dilatarse, es el horizonte racional, cuya extensión es enorme, pero cuyos límites son infranqueables, y que él, en visión real, positiva y perfecta, logró comprender, medir y abarcar triunfalmente con su inteligencia, con su intención y con su mirada.

Pero otras veces y con otros autores no ocurre esto: en sus obras, que más parecen creación de la Naturaleza que del Arte, hay siempre algo inexplorado que nos atrae, algo misterioso que nos sobrecoge y algo imprevisto que nos sorprende. Diríase que, como en las galerías de una mina, donde no se busca el oro acuñado, sino el metal nativo, hay que avanzar, iluminando con la lámpara de seguridad los rincones oscuros, hasta encontrar el filón, cuya riqueza, extensión e importancia desconocemos, y cuya existencia no sospecharon siquiera ni la ignorante codicia ni la indiferente pereza de los contemporáneos.

Y hay otras obras en las cuales, más que una veta de mineral aurífero, existe algo semejante a la fertilidad nunca extinguida de la tierra o a la fecundidad siempre renovada del grano.



El nombre de Cervantes y el título de su libro inmortal acuden seguramente a vuestra memoria... Perdonadme, y perdonéme el maestro insigne de los cervantistas que ha de honrarme contestando a este discurso, por atreverme a evocar imagen tan venerada, y a tratar, aunque incidentalmente, asunto tan alto.

No hay en la literatura universal ejemplo semejante: Don Quijote, salvando de modo inverso a como suele salvarse comúnmente la línea imperceptible que separa la sublimidad de la ridiculez, de ridículo se convierte en sublime, sin que esta transformación o transfiguración del Hidalgo manchego se verifique bruscamente y de un solo salto, sino de un modo lento, gradual, paulatino y constante, por una misteriosa y no interrumpida depuración, y mediante una lógica inflexible, que, por lo mismo que se oculta a los ojos del autor de la obra, tiene la fuerza de una ley natural, y sigue, aunque en sentido opuesto, el principio físico que regula la caída de los graves, *pesando hacia el cielo*, según la admirable frase de Campoamor, y elevándose con velocidad uniformemente acelerada.

La fidelidad absoluta y completa del autor a la realidad, nacida de aquel poder de observación, por nadie igualado, que Cervantes tuvo siempre, y que no dejó de manifestarse ni en sus obras más fantásticas y menos *vividas*, alcanzó en algunas de sus *Novelas ejemplares*, y especialmente en el *Quijote*, su más amplio y completo desarrollo, y fué, sin duda, el origen de la altísima trascendencia de su obra.

Ni en el sencillo y natural encadenamiento de los hechos que forman el nervio de la historia, ni en el albedrío de sus personajes, quiso intervenir su autor. Siempre pasa lo que debe pasar; ni los sucesos se realizan con arreglo al

propósito inmediato de quien los imaginó, ni los personajes hacen ni dicen lo que quien los creó les dicta en cada caso, sino lo que ellos deben hacer y decir. Claro es que me refiero a lo que en el libro incomparable es fundamental, y no a lo que es episódico. Así, por ejemplo, el Oidor pudo ser o no ser hermano del Capitán cautivo, y las historias de don Fernando y Dorotea, y de Cardenio y Luscinda, pudieron acabar feliz o desgraciadamente, porque, al desenvolverlas y al desenlazarlas, Cervantes fué un novelista todo lo admirable y todo lo excelente que se quiera, pero no fué el creador insuperable y único de Don Quijote y Sancho, y aun de Rocinante y el Rucio, pues, como dijo con soberana elocuencia el inolvidable Menéndez y Pelayo, “hasta la tierra que estas bestias hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo”.

Y es que cuando la realidad se acepta y se reproduce, no por espíritu de escuela, sino por devoción a la Naturaleza, no por convencimiento adquirido con la reflexión y el estudio sino por generoso impulso de la sangre, por ineludible ley de la herencia y por imperiosa necesidad del temperamento; cuando el suelo en que se ha nacido, y la raza a que se pertenece, y la vida que se ha tenido que arrastrar con penalidades sin cuento lo imponen y lo exigen, entonces se es realista, como Cervantes lo fué, plena, absoluta y totalmente, sin que por caprichos de la moda ni por exclusivismos de secta quede fuera de la observación ni descartado de la obra lo que, por ser espiritual, constituye la realidad más alta y la verdad más indiscutible.

Tan realista, en este sentido amplio, noble y español, fué Murillo al pintar las úlceras de los leprosos o al trazar con sobriedad inimitable las figuras de aquellos muchachos que se conservan en los Museos de París y de Mu-

nich, y que hacen pensar involuntariamente en Rinconete y Cortadillo, con sus calzones de lienzo, sus medias de carne y sus esportillas de palma, como al dar forma y expresión artística a la imagen de la Inmaculada, porque, anticipándose en dos siglos a la declaración dogmática hecha por Pío IX, y siguiendo la creencia piadosa tan arraigada en nuestra tierra, consideró como una realidad intangible, pero innegable, el sagrado misterio de la Concepción de María, y reprodujo lo que vió con los ojos del alma con la misma fidelidad que lo que vió con los ojos de la carne.

Si existe una razón poderosa y decisiva para que nuestro arte y nuestra literatura formen un grupo aparte de cuanto el mundo ha producido, la hemos de encontrar, sin duda, en esta facilidad portentosa que han tenido siempre nuestros artistas y nuestros escritores para elevarse a las más encumbradas alturas de lo divino, sin desvanecerse ni aturdirse, y para descender a las más hondas profundidades de lo humano sin envilecerse y sin mancharse. Este fenómeno singularísimo sorprende cuando le vemos manifestarse en obras diversas de un mismo autor; pero cuando, como ocurre en el *Quijote*, vemos estos dos aspectos del alma española como superpuestos y fundidos en una misma obra, tenemos que confesar, absortos y maravillados, que un elemento extraño a la voluntad y al propósito del autor ha infundido aliento inmortal y vida impecedera en las páginas de su libro, haciéndole soberanamente ideal, sin dejar de ser profundamente humano y sin que se alteren la austera sencillez y la llaneza democrática propias de nuestro carácter, de nuestro idioma y de nuestra tierra.

Cervantes, que vivió en íntimo contacto con toda clase de lacerias y podredumbres, sin perder nunca el temple de su espíritu heroico y resignado, se dejó conquistar por aquel ideal caballeresco, que llegó hasta él deformado y empequeñecido; pero que al través de tanta ceremonia ridícula, de tanta hazaña quimérica, de tanto extravagante delirio y de tanta hueca fanfarronería, conservaba el germen de su divino origen, que no era otro que el espíritu de sacrificio y de abnegación que trajo al mundo la doctrina de Cristo, y que, ahogado por toda aquella balumba que le oprimía y esterilizaba, no pudo desarrollarse plenamente ni en la vida ni en los libros, hasta que arraigó en el corazón del Hidalgo manchego, cuya locura depuró su alma, librándole de todo lo que en los cuerdos era ridículo, egoísta, torpe o malsano. Don Quijote es perfecto precisamente por ser loco: porque, como desvaría en lo que tiene alguna relación con lo que había leído en sus libros caballerescos, y conserva en todo lo demás su sensatez y su cordura, obra el bien como cuerdo, aunque cause el mal como loco, pues su demencia, al hacerle apreciar equivocadamente los medios que empleaba, no le hizo jamás apartarse del fin honrado y altísimo que perseguía.

Para que esto sea más completo, y no quede ni un resquicio por donde el mal y la injusticia penetren en su alma nobilísima, el conocimiento cabal y minucioso que había adquirido, pasando y repasando cien y cien veces los libros que le trastornaron, le hace en toda ocasión recordar algún pasaje de ellos que le sirva de dechado y de guía, y a los modelos se ajusta con escrupulosa fidelidad, reproduciendo sus extravagancias y delirios; pero el móvil hondo y secreto que le guía, el que le hace ser verdade-

ramente casto, valiente, cortés, noble y cristiano, nace de lo más profundo de su alma, haciendo que no olvidemos jamás que aquel sobrenombre de *Bueno* conviene igualmente al hidalgo sosegado Alonso Quijano que al caballero andante Don Quijote de la Mancha.

Que todo esto que hoy aparece claro y patente, pero que nadie acertó ni a sospechar en tiempo de Cervantes, nació del natural desenvolvimiento de un acierto inicial, el mayor que escritor alguno haya tenido nunca, es indudable, como lo es que su propio autor no pudo darse exacta cuenta de todo el alcance y de toda la trascendencia de su obra.

Para demostrarlo, sólo he de recordar dos episodios que mutuamente se completan. Cuando en el capítulo IV de la primera parte, Juan Haldudo el Rico, vecino del Quintanar, vuelve a atar al desventurado Andrés a la encina, “donde le da tantos azotes, que le deja por muerto”, Cervantes escribe estas palabras, burlándose del desfaceador de agravios y sinrazones: “Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote. El cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo, iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz: “¡Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy”viven sobre la tierra, oh sobre las bellas bella, Dulcinea”del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido”a toda tu voluntad y talante a un tan valiente y tan”nombrado caballero como lo es y será don Quijote de”la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer re”cibió la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor”tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la”crueldad; hoy quitó el látigo de la mano a aquel despia-

”dado enemigo que tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.”

En el capítulo XXXI, reaparece Andrés, y cuando don Quijote invoca su testimonio para que los que le acompañan queden persuadidos de lo provechoso (que es el haber caballeros andantes, el muchacho, tras de burlarse del que, creyendo ser su bienhechor, había atraído sobre él la desventura, pídele algo que coma y lleve, añadiendo:

—“Y quédese con Dios su merced, y todos los caballeros andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.”

Y al “tomar el camino en las manos”, dice a don Quijote:

—“Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.”

Y añade el egregio novelador:

“Ibase a levantar don Quijote para castigarle; mas él se puso a correr de modo que ninguno se atrevió a seguirlo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse, por no acaballe de correr del todo.”

El crudo realismo de este episodio tiene tanta fuerza que, al leerle, se nos llena el corazón de amargura y los ojos de lágrimas. La vergüenza de don Quijote, la ingratitud de Andrés, el desconsuelo de Sancho al calcular la parte de hambre futura no satisfecha por la parte de

pan y queso que le da de limosna, la risa disimulada y contenida del Cura, el Barbero, Cardenio y Dorotea, y —me atrevo a decirlo— la risa no contenida ni disimulada del autor, producen en nosotros un malestar indefinible. Yo creo que esto excede y sobrepaja los límites de las fuerzas y de los aciertos humanos, y que si nos conmovemos no es porque aquí se cumpla el *Si vis me flere...* de Horacio, sino por todo lo contrario, ya que la realidad, más grande que todo escritor, por grande que éste sea, es la que aquí triunfa y se impone plenamente, avasalladora e irresistible. Si un solo rasgo de la pluma de Cervantes hubiera, no ya expresado, sino dejado adivinar o entrever su piedad, nuestra emoción no sería tan intensa ni tan honda, porque en vez de nacer espontánea y directamente, hubiera nacido de la compasión del autor, que, al interponerse, habría debilitado el efecto que el episodio nos produce.

Estas y otras páginas del *Quijote* no son como un cuadro que reproduce artísticamente la vida, ni como un espejo que la retrata: tienen la diafanidad y la transparencia del aire que nosotros respiramos al mismo tiempo que los personajes, y al través del cual los contemplamos, persuadidos de que no son ellos, que disfrutan de vida imperecedera, y por tanto inalterable, sino nosotros los que nos hemos modificado, hasta el punto de que nos entristezcan y nos aflijan las páginas de un libro, escritas para que el melancólico se moviera a risa y el risueño la acrecentase.

Nada existe que pueda compararse con esto, pues no ocurre aquí lo que en el apólogo o en la parábola, cuyo sentido alegórico, que es el que da a la obra valor e importancia, a la vez se encubre y se manifiesta bajo el

sentido literal: no es un enigma que hay que adivinar, ni un jeroglífico que se interpreta, ni menos un palimpsesto cuya primitiva escritura, después de borrar el texto que la ocultaba, se hace aparecer por medio de un reactivo; aquí nada se cambia, ni se altera, ni se modifica; pero cada período, cada frase y cada palabra han adquirido una nueva luz y un nuevo alcance, y hacen vibrar nuestras almas con una intensidad antes no sospechada, aunque suenen siempre iguales en nuestros oídos. Por eso nada se opone tanto al cabal conocimiento y a la acertada comprensión del elemento de lo inconsciente como las interpretaciones esotéricas y mistagógicas, que se basan siempre en la creencia de que la importancia de ciertas obras —que suelen ser las más celebradas y famosas en todas las literaturas— no nace de que sus autores acertaron a reproducir la verdad y la vida, sino de que pusieron en ellas un recóndito y misterioso sentido, siendo digno de notarse que los que defienden con exclusivista tenacidad el sistema peculiar de hermenéutica que a tales obras aplican, parecen resistirse a que penetre en ellas aquella luz que Menéndez y Pelayo, repitiendo la frase del autor del *Fausto* en su lecho de muerte, pedía para estos libros inmortales, porque sin duda a la interpretación de sus sueños y de sus delirios convienen más las sombras del antro de Trofonio que la meridiana claridad nacida de la escrupulosa depuración de los textos, del estudio documental de la vida de sus autores y del conocimiento positivo y seguro de las circunstancias de todo género en que las obras se escribieron y publicaron.

Sólo apoyándonos en base tan firme podremos comprender lo que el autor puso deliberada y consciente-



mente en su obra y lo que en ella hay de inconsciente y de involuntario, apreciando debidamente, como antes decía, la diferencia que existe entre el metal precioso acuñado en la moneda o labrado en la joya y el grano que al caer en el surco se multiplica y se renueva; y así como se sorprendería el que viera cubierta de mieses doradas la tierra que removió primero y apisonó después para conservar un tesoro, así los mismos autores se quedarían sorprendidos al ver que sus obras alcanzan una importancia y una trascendencia infinitamente mayores que lo que ellos pudieron imaginar ni apetecer siquiera, aun en ese instante divino y misterioso de la concepción artística en que el escritor se considera investido de un poder sobrehumano, y tendrían que confesar, absortos y maravillados, que nunca pudieron sospechar que era trigo lo que creyeron que era oro y que lo que hicieron fué sembrar cuando pensaban que escondían.

Sólo cuando una obra llega a producir este efecto inconfundible es cuando podemos afirmar que tiene asegurada la inmortalidad, esto es, la vida que no se agota ni se extingue, porque hay muchas obras que, sin vivir realmente, se conservan con religioso respeto y con veneración profunda, de un modo análogo a como se guardan las joyas preciosas en las vitrinas de un Museo. Al admirar la impecable belleza de tales obras, que suelen ser objeto de admiración, pero no de culto, se piensa en aquel esmerado y último pulimento que el escultor puede dar a la estatua, y que los antiguos llamaban *ad unguem*; pero ante esas obras cuya divina y siempre atrayente hermosura no parece que se debe a un hombre solo, sino a muchas generaciones, que pusieron en ellas su entusiasmo, su pasión y su anhelo, hay

que pensar en los fieles, peregrinos y devotos que, en muchedumbre perpetuamente renovada, invaden el glorioso templo de Zaragoza, y que han abrillantado y bruñido el sagrado mármol del Pilar a fuerza de imprimir en él, día tras día y año tras año, el beso fervoroso de sus labios ardientes, siempre sedientos de amor, de misericordia y de consuelo.

A veces el sentimiento general tiene tanta fuerza y se manifiesta con tan rara unanimidad, que llega a apoderarse de una obra y a interpretarla conforme el propio anhelo; separándose del propósito de su autor y haciendo que éste adquiera una fisonomía y un carácter que contribuyen eficazmente a su gloria y a la difusión y popularidad de aquélla y de otras obras suyas, que, aun en tiempos y en circunstancias poco favorables, gozan de una autoridad y de un aplauso que tal vez por otros títulos merecen, pero cuya causa y explicación no han de buscarse en la obra misma, sino en el modo de interpretarla y de entenderla. El ejemplo más claro y más patente de este fenómeno es la leyenda de Virgilio, nacida de una extraña interpretación de su *Égloga IV*, en la cual la sencilla credulidad y la exaltada fe de los cristianos de la Edad Media vieron un vaticinio del nacimiento del Hijo de Dios. Tanto se vulgarizó esta creencia y tan honda fué la emoción producida por esta obra famosísima, que Virgilio llegó a ser venerado como un profeta; que durante siglos enteros los fieles acudieron en peregrinación a orar ante su tumba, y que sobre ella celebraron los sacerdotes el sacrificio de la misa, lo mismo que sobre el sepulcro de los santos y de los mártires.

9 Aunque la crítica no ha puesto en claro de un modo definitivo y concluyente quién era aquel niño que había de traer la paz y la ventura al mundo, parece que no fué la divina revelación sino la adulación humana la que inspiró aquella magnífica pintura de la edad de oro renovada sobre la tierra. Pero cuando leemos los inmortales versos del poeta mantuano, al admirar su majestad y su grandeza, desproporcionadas y excesivas para el asunto que celebran, comprendemos que su piadosa interpretación no fué tan fantástica ni tan falta de fundamento como a primera vista pudiera creerse, pues algo hay en ellos que, aun hoy mismo, nos parece sobrenatural y misterioso; algo de que, sin duda, el poeta no se dió cuenta exacta, y que nació, ya de una influencia difusa ejercida en Roma por las creencias del Pueblo escogido y de las cuales, según el testimonio de Tácito, llegó hasta las orillas del Tíber una vaga e incompleta noticia, ya del entusiasmo y el amor del poeta por la grandeza de su ciudad dominadora y prepotente, amor y entusiasmo que admiramos en el magnífico elogio de Marcelo en el libro VI de la *Eneida*, y que, por ser su pasión predominante, se manifestaron con una ocasión pequeña y accidental, desbordándose, por decirlo así, del asunto, insuficiente para contenerlos.

Nada tiene de extraño, pues, que esta superabundancia de inspiración encontrara su cauce propio y su natural asilo en el alma exaltada de los cristianos, que habían de ver con piadosa alegría que al otro lado de la Cruz, en pleno mundo pagano, hubiese existido quien, disfrutando por gracia especial y por divino privilegio del conocimiento o de la visión de la verdad, la hubiera anunciado con voz inspirada y reveladora, pro-

bando que el título de vate, en su alto sentido de vidente o profeta, le correspondía con estricta propiedad y con entera justicia.

Si Virgilio en la Edad Media fué llamado por antonomasia *el poeta*, y si en pleno Renacimiento siguió imperando con casi absoluta y apenas disputada supremacía, no se debió sólo a su inspiración soberana, ni a la perfección verdaderamente clásica de sus poemas, pues mucho contribuyó a ello el prestigio que nació de aquella poética leyenda, y que, conservado por la tradición, perduró unido a su nombre, cuando ya el encanto de la leyenda misma comenzaba a desvanecerse y extinguirse, y cuando aquella piadosa idolatría —si me permitís la paradoja— había cesado por completo.

Seguir las vicisitudes de esta leyenda, que, como la de Séneca y San Pablo y la de la Sibila Tiburtina, representa el deseo, inconsciente también, pero realizado, de buscar un lazo de unión entre el mundo clásico y el mundo moderno, y entre la gentilidad y el cristianismo, sería empresa superior a mis fuerzas y extraña por completo a mi propósito: permitidme solamente decir dos palabras acerca de la última y más interesante de las vicisitudes de la Egloga famosísima, en *la adaptación* que diríamos hoy, o *aplicación*, según él dijo, que hizo de ella nuestro Juan del Encina para acomodarla al nacimiento del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, cuyo sepulcro, que se levanta en la iglesia de Santo Tomás de Ávila, es como el monumento funerario erigido a la grandeza tradicionalmente castiza y genuinamente nacional de nuestra Patria, ya que su muerte, prematura y desgraciadísima, que vino a interrumpir y a torcer el curso natural de nuestra historia, llenó a España de luto,

y nos hace sentir hoy, después de cuatro siglos, invencible y profunda melancolía, al considerar cómo desmintió la cruel realidad el entusiasta vaticinio.

Juan del Encina, “desviándose de la interpretación general y corriente en las escuelas cristianas”, hizo que la *Égloga* de Virgilio sirviese para celebrar aquel fausto acontecimiento, que, por venturoso y trascendental que fuera, no podía, cristianamente pensando, equipararse al que, según la creencia, errónea sin duda, pero profundamente arraigada, había celebrado el pastor Sicéledes. Y como la influencia del Renacimiento en las obras de Juan del Encina fué exclusivamente literaria —ya que para él, como para la mayoría de los escritores de su tiempo, que iniciaron la empresa, pero que no llegaron a darle cima, el espíritu de la antigüedad, en lo que tiene de eternamente humano y de perpetuamente fecundo, fué por completo desconocido—, acertó a trasladar fiel y hasta poéticamente la forma, pero no la esencia de la obra que imitaba. Yo no me atreveré a decir, ni a sospechar siquiera, que el poeta salmantino, como su contemporáneo Antón de Montoro en aquellos conocidísimos versos dedicados a Isabel la Católica en que, irreverentemente, la comparó a la Virgen María, extremase la adulación hasta el sacrilegio, y aprovechase de intento la profunda veneración en que era tenida la famosa *Égloga* para enaltecer lo humano al equipararlo con lo divino; creo más bien que en aquélla como en las otras versiones análogas, que tienen mucho de ejercicio gramatical y retórico, siguió a la letra los versos de Virgilio, y que los fué acomodando a su propósito circunstancial e inmediato, procediendo de un modo semejante a como había procedido al adaptar la *Égloga* II, en la cual tuvo el raro y extrava-

gante capricho de convertir nada menos que en Fernando el Católico a aquel tierno y delicado pastor Alexis, por quien suspira Coridón, y a quien el enérgico y varonil monarca aragonés ni remotamente se parecía.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el salmantino, al refundir la bucólica del mantuano, a pesar de seguir paso a paso sus huellas, o precisamente por seguirlas con exagerada y superficial fidelidad, la redujo a sus proporciones humanas, y que de un modo análogo a como había de despojar Avellaneda el libro de Cervantes de su prestigio ideal y de su insuperable encanto, la despojó, no sólo de la poesía que la piedad y la veneración de los siglos habían acumulado sobre ella, sino también de aquella extraña y misteriosa grandeza que Virgilio acertó inconscientemente a poner en su obra, siendo quizás más sincero de lo que él mismo creyó, porque su asunto, circunstancial y de poca importancia, si no hizo que el fuego, siempre latente, de su inspiración se encendiera, le ofreció ocasión para que se manifestara.

En suma, Juan del Encina, con pleno conocimiento de lo que hacía, realizó una obra que sólo tiene hoy un relativo valor histórico, y el poeta latino, inconscientemente y dejándose llevar de su inspiración, que, divina o humana, fué muy superior a su asunto, compuso una obra tan inquietante, atractiva y misteriosa, que no ya la plebe indocta, sino los Padres de la Iglesia creyeron ver en ella el reflejo de una luz sobrenatural, hasta el punto de que el más artista, el más sabio y el más poeta de todos ellos, San Agustín, la comentó en su *Ciudad de Dios*, y fué leída en los Concilios, y a ella se alude en la *Divina Comedia*, y aun en los tiempos modernos el más grande de los poetas franceses llamó, a causa de ella,

a Virgilio deidad pagana próxima a ser ángel, y dijo que el sol que había de nacer en Belén doró con sus rayos la frente de Roma.

Algo semejante a lo ocurrido con la Égloga de Virgilio ocurre con los pasajes aislados que esmaltan las obras de algunos escritores, en los cuales sucesos o descubrimientos más tarde realizados han hecho ver anuncios o predicciones, o han sugerido a otros hombres extraordinarios el germen de la idea fecunda que desarrollaron.

El famoso pasaje de la *Medea*, de Séneca, que, según se dice, inspiró a Colón el primer pensamiento de su magna empresa; el terceto del *Paraíso*, en que habla el Dante de un centro de atracción de todo peso; la extraña aventura que Cervantes refiere en el capítulo XIV del libro III del *Persiles*, en la cual el erudito cervantista don Agustín González de Amezua ha creído ver, y con razón, el invento del paracaídas: “Alzaron todos la vista y vieron bajar por el aire una figura que antes que distinguiesen lo que era ya estaba en el suelo, junto casi a los pies de Periandro; la cual figura era de una mujer hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro”; los conocidísimos versos atribuidos a Lope, que parecen una profecía del telégrafo eléctrico, y los no tan conocidos, y que indudablemente son suyos, que forman el pareado de la duodécima octava real de la *Andrómeda*, y que parecen anunciar la navegación aérea:

“Hijo del sol, si de la tierra fuiste  
llave, sin duda, y cuanto quieres puedes,  
¿qué fuerza, qué defensa te resiste?  
¿qué lince pasará tantas paredes?  
Tú ciudades portátiles hiciste  
dentro del mar, cuyo furor excedes,  
y encarcelando el viento en pardo lino,  
hallaste por los cielos el camino”,

¿qué son sino aciertos nacidos de una fantasía poderosa, de una inconsciente o ultraconsciente adivinación, o tal vez, como acaso ocurre con la octava que acabo de leer, de la energía de la expresión, en los cuales se ha reparado únicamente cuando han venido los hechos a confirmarlos?

Y ocurre aquí algo que es opuesto en cierto modo, pero complementario, de lo que vimos más arriba que ocurrió con el *Quijote*, pues si en él la realidad genialmente observada y fidelísimamente reproducida dió a la obra una trascendencia ideal y un alcance no sospechado, aquí una realidad ulterior, que no pudo ser observada, sino presentida, y que no pudo ser reproducida, sino soñada, ha venido a hacer verdadero, positivo y tangible lo que el genio irreflexivamente imaginara.

Y es que esa extraordinaria fuerza creadora que llamamos genio, y que, según algunos, no es más que el desarrollo pleno y excepcional de la inteligencia, se asemeja al instinto, ya en que procede muchas veces ignorando los móviles que le impulsan y el fin que persigue, ya en que esos móviles son tan poderosos, que no hay en él vacilaciones ni aprendizaje, y ese fin es tan afanosamente buscado, que siempre se realiza, aun a costa del dolor, del sacrificio y de la muerte.



Será muy poético, pero es muy falso en la mayoría de los casos, imaginarse a los hombres que han efectuado los grandes descubrimientos tal como Quintana presentó a Gutenberg, abarcando lo por venir, midiendo todo el alcance de su invención y previendo sus resultados y consecuencias; lo inconsciente suele tener aquí tanta importancia como en la literatura y en el arte, y sólo en casos excepcionales y rarísimos, tratándose de sabios que como el francés Leverrier o el inglés Adam, llegaron a determinar, casi simultáneamente, la posición del planeta Neptuno, pudieron comprender con exactitud la importancia y el alcance del prodigio que realizaban, porque su descubrimiento no se refiere a nada que tenga relación con la complejidad de la vida, y quedó perfeccionado en la esfera del raciocinio, donde las ideas resplandecen reducidas a fórmulas algebraicas, sin encarnar en formas artísticas que las hagan sensibles, ni traducirse en imágenes que les presten apariencias corpóreas; por eso creo que los poetas y los escritores que se mueven en el mundo de la pasión y del sentimiento, es muy difícil, casi imposible, que al hacer las predicciones que se les atribuyen, tuvieran visión clara y distinta de lo que anunciaban, porque sus aparentes vaticinios, cuando más, pudieron ser engendrados por su anhelo, pero nunca por su esperanza. Lo que ocurre es que la realidad es tan compleja, tan amplia y tan fecunda, que excede y agota cuanto la imaginación puede concebir y hasta cuanto puede ambicionar el deseo. Así, no ya tratándose de inventos o de conquistas científicas solamente, sino de sucesos, algunos han sido tan extraordinarios, que pudieron parecer providenciales. Sirvan de ejemplo el asesinato del poeta Íbico, descubierto y penado gra-

cias a las grullas que él anunció que le servirían de testigos; la estatua de Teágenes, cayendo y aplastando al envidioso y vencido atleta que la azotaba y escarnecía; el sacrificio de Codro, que tuvo eficacia bastante para hacer que el oráculo se cumpliera y alcanzase la victoria su pueblo, y aquella extraña profecía cuyo cumplimiento esperaban con supersticioso terror los mejicanos, y de la cual supo aprovecharse Hernán Cortés, aplicándosela como hábil, y haciéndola verdadera como prudente y esforzado.

Si en las obras aisladas e individuales lo inconsciente puede alcanzar tan grande y trascendental importancia, ¿qué no será en esas obras impersonales y colectivas que parecen creación de un pueblo o de una raza, y cuyos autores anónimos y oscuros no trabajaron como el arquitecto que concibe y planea la enorme fábrica del templo o del palacio, sino como el obrero, que al labrar uno por uno los sillares, no puede darse cuenta exacta de la grandeza, hermosura y proporciones del edificio?

En las épocas primitivas, cuando la verdadera poesía popular, espontánea y sincera, se produce, encontramos repetidos ejemplos de esto que digo. Cada uno de los autores que compusieron nuestras gestas heroicas y nuestros romances viejos, trabajó, claro está, en una obra que recibió forma de su mano; pero la inspiración y el sentimiento que le animaban y enardecían no brotaban de lo que le hacía ser diferente de los demás, sino de aquello en que con todos participaba. Si llegaba a ser grande, y conseguía hacerse oír, no era porque su voz tuviese inflexiones propias y peculiar acento, sino porque sonaba como un eco de la voz unánime y estruendosa

de las muchedumbres. Su energía y su fuerza no nacían, como en las sociedades cultas y adelantadas, de ese reflejo de la personalidad que llamamos estilo y que distingue a los escritores unos de otros, sino, al contrario, de la unifomidad y semejanza que entre unos y otros existía, y que hizo que sus obras, casi idénticas por su asunto, por su inspiración y hasta por su técnica infantil, fueran, no como los fragmentos de lo que ha sido uno y llega a ser vario porque se rompe o se destruye, sino como las aguas de una cuenca que necesariamente han de reunirse en el mismo cauce, que ellas, al correr, ensanchan y ahondan. La unidad que llegaron a adquirir no se debió al propósito de sus autores, sino a la homogeneidad de su materia, y su importancia no nace de la perfección de las partes, sino de la grandeza del conjunto. Y es que, al cantar o al narrar como niños las hazañas que eran capaces de realizar como hombres, no podían darse cuenta de que al mismo tiempo que forjaban verso a verso nuestra epopeya y conquistaban palmo a palmo nuestra tierra, levantaban un monumento imperecedero, semejante a esas construcciones primitivas y rudimentarias que el tiempo, en vez de destruir, afianza y consolida cada vez más, porque, aunque formadas de piedras superpuestas sin labor y sin pulimento, no queda entre ellas hueco ni resquicio en que la hiedra no haya aferrado sus garfios o las zarzas no hayan erizado sus espinas, añadiendo al muro de piedra que defiende y resguarda, el seto vivo que hostiliza y repele.

Mas, a medida que el tiempo avanza y que la cultura crece, esta divina inconsciencia disminuye, y, aunque de un modo vago e incompleto, los autores se van dando cuenta de la importancia de su obra, sin alcanzar aún

a vislumbrar su trascendencia; y las series aparecen de intento ordenadas, y la poesía nace, no por reflexión sino por reflejo; y un arte, rudo todavía, pero arte al fin, reemplaza el candor infantil por el arrebató de la juventud, y entonces la rudeza y el desaliño, más que efecto, son causa de la energía y de la fuerza de las obras que, juntas y trabadas, admiramos en nuestros romanceros, y que conservan aún su tosquedad primitiva, como esas piedras que en las murallas o en los castillos muestran su cara exterior apenas desbastada, porque el cantero que las labrara buscó más la solidez que la perfección, y no les dió más pulimento que el necesario para que ajustasen exactamente unas con otras.

Y viene, por fin, una época culta y refinada en que la poesía popular se cultiva por escritores insignes, sabios y eruditos, que conocen todos los secretos de la métrica y del idioma y que de un modo perfectamente consciente y con deliberado propósito imitan y enaltecen las formas populares; escritores que no son, como he dicho, anónimos ni oscuros, sino que se llaman Góngora o Lope, y en épocas más recientes el Duque de Rivas o Zorrilla, los cuales no labran ya la piedra como rudos canteros, sino el metal precioso como consumados orfebres, y hacen oír su voz, menos poderosa, sin duda, pero más armoniosamente timbrada, entre la estruendosa y unánime voz de su nación y de su gente, y entonces sus romances artísticos, en que palpita aún el espíritu tradicional y castizo que se adorna y reviste con todas las galas de la versificación y con todos los primores del estilo, aunque no sean populares por su origen, se popularizan por su sentimiento y por su hermosura, y el pueblo, que no los engendró, los adopta y los hace suyos, porque sólo entre el pueblo pue-

den ostentar y lucir su brillantez y su armonía, como nuestras ricas custodias procesionales, labradas, cinceladas y bruñidas por los Arfes, no para que se admiren en la semiobscuridad de los templos, sino a la luz esplendorosa del sol, en la solemne y españolísima fiesta del Corpus, cuando avanzan con balanceo de nave, descollando sobre las olas del gentío, que el respeto y la devoción humillan y deprimen a su paso, y entre el estruendo atronador de las campanas, lanzadas a vuelo en la torre, dejan oír, claro y distinto, el alegre repiqueteo de sus campanillas de plata.

La crítica, que es, entre todas las manifestaciones del espíritu humano, la que ha alcanzado en los tiempos modernos desarrollo más pujante y más vigoroso florecimiento, al estudiar cumplidamente la transformación radical de muchas obras al través del tiempo, ya por el desenvolvimiento del germen de vida que encerraban, ya por lo que el entusiasmo, la atención y el respeto de las generaciones han puesto en ellas, ha hecho claro y patente a los ojos de todos lo que antes era completamente desconocido, y no ha faltado quien haya creído en la posibilidad de encontrar un procedimiento o un recurso técnico para que el fenómeno se produjera voluntaria y artificiosamente; y aunque no hace falta demostrar lo absurdo de tal propósito, por ser evidente que el autor no puede tener jurisdicción ni dominio sobre aquello que, por su propia índole, es ajeno a la voluntad y a la reflexión, lo cierto es que muchos han procurado, como decía Quevedo, imitar los efectos del milagro, ya que no estaba en su poder realizar el milagro mismo, y que, con esa rara unanimidad y esa sumisa obediencia con que

los que se jactan de revolucionarios siguen y acatan en literatura y en arte —como en todas las esferas de la vida— el parecer o el capricho de los jefes de grupo o de los fundadores de escuela, han procurado dar a sus obras esa aparente trascendencia que nace, no de lo que se dice, sino de lo que se calla, fundándose en que la obra literaria o artística no tiene valor por lo que expresa sino por lo que sugiere, y ajustándose a una fórmula práctica que voy a procurar exponer brevemente.

Conviene tener en cuenta que todas las revoluciones que, real o aparentemente, han tenido por fin conseguir la libertad artística, se han caracterizado por atacar y echar por tierra las leyes de la preceptiva hasta entonces respetadas y obedecidas, reemplazándolas por otras que, mientras el tiempo no las relaja o una nueva revolución no las deroga, se cumplen por los adeptos con el apasionado ardor y con la exagerada fidelidad de los neófitos. Esto fué lo que hicieron los románticos, aunque lo negaron, y esto es lo que han hecho los secuaces de las escuelas modernas, aunque lo hayan negado también. Y es que la disciplina, que es necesaria para vencer en la lucha, aunque sea opuesta a la completa libertad que se proclama, viene a ser en tales casos fortalecida, no ya por la autoridad de los grandes, sino por el interés de los medianos, que quieren conseguir a todo trance el título que a la sazón se aprecia y se estima, y que ha de permitirles participar de los lauros concedidos al genio, que siempre tiene razón para triunfar, tan sólo con ajustarse a la moda, que siempre triunfa, con razón o sin ella.

Cuando esta moda, caprichosa y autoritaria, impone sus leyes, mucho más exclusivistas y tiránicas que las que se anularon o se trataron de anular; cuando llega a

ser tan absorbente, que acaba por uniformar la indumentaria y aun por igualar, hasta donde es posible, la figura y el porte de sus adeptos incondicionales, hace falta tener toda la autoridad y todo el prestigio que tuvo Víctor Hugo para repetir, adaptándolas a las circunstancias, sus famosas palabras: “El que imita a un romántico se convierte en clásico, puesto que imita.”

No ha faltado, sin duda, en los tiempos actuales quien se haya atrevido a pronunciarlas, censurando a sus propios secuaces y condenando el abuso de esta retórica práctica que muchos aplican, y mediante la cual buscan y consiguen el éxito que de otro modo no alcanzarían, porque, como dijo Menéndez y Pelayo refiriéndose al gran poeta francés antes citado, “no basta gritar guerra a la retórica, cuando se la lleva en la médula de los huesos, pues proponiéndose, como se propone, no ya la sinceridad de la emoción, ni la profundidad del sentimiento, sino la intensidad y la plenitud del efecto, todo lo que tienda a este fin será retórica, se confiese o no se confiese”.

Pues bien, como no puede negarse que en aquellas obras literarias cuyo alcance y trascendencia han sobrepujado y excedido la intención y el propósito de sus autores, no han sido ni podían ser ellos, sino la crítica y el público los que han acertado a desenvolver el germen fecundo que encerraban, mediante una especie de colaboración amorosa y continua, se ha tratado, por medio de la imprecisión y de la vaguedad, de obligar a esta colaboración a los lectores, hasta hacerles creer que descubren aquello que no existe realmente, pero cuya existencia, entrevista o adivinada, proclaman como verdad innegable, porque siempre será posible que se renueve entre

los hombres el convenio tácito de *El Retablo de las Maravillas*.

Un ejemplo explicará lo que digo: si en un día de sol, despejado y sereno, nos asomamos a uno de los balcones de la galería del patio de Armas del Real Palacio, el paisaje que descubrimos y que no tiene más límite que la sierra, se ofrecerá claramente a nuestros ojos, porque la intensidad de la luz y la transparencia del aire harán patentes sus formas y sus colores; pero si la niebla esfuma los objetos y borra las líneas y confunde las distancias, tal vez podremos forjarnos la ilusión de que el horizonte se ha ensanchado, porque ya no descubrimos la sierra que le limitaba, porque ya no podemos apreciar los términos ni la perspectiva, y porque el cielo y la tierra han desaparecido tras el velo gris y esponjoso que todo lo oculta, lo penetra y lo envuelve.

Así la vaguedad y la indeterminación, buscadas de intento, pueden producirnos momentáneamente impresión semejante; pero pronto comprenderemos que al velar lo que no puede ensancharse, para hacer que aparentemente se dilate nuestro campo visual, lo que únicamente se dilata es nuestra pupila, obligada por la falta de luz a entrever y descubrir, con trabajo, mucho menos de lo que antes, sin esfuerzo alguno, descubría.

De aquí ha nacido en el arte contemporáneo un procedimiento técnico que consiste en procurar el efecto por medio de lo incompleto, y de considerar la incorrección como una excelencia, fundándose en que el borrador y el boceto valen más que la obra terminada y definitiva.

Esto, que no es más que una extrema consecuencia del principio fundamental de la escuela romántica, que consiste en dar excesiva importancia a la expresión so-



bre la armonía, invadiendo y dominando las artes todas, ha hecho que hasta la estatuaria, que es y tiene que ser el arte plástica por excelencia, presente muchas veces la escultura como luchando en vano para acabar de desprenderse del bloque que en parte la aprisiona, y que la piedra sin desbatar, tosca y ruda, pretenda rivalizar con la estatua, como si, vueltas a la confusión monstruosa del caos primitivo, en vez de buscarla amorosamente, como decían los escolásticos, la materia rechazase la forma que la ennoblece, redime y hermosea.

Y así la métrica, que en nuestra tierra tanto se asemejó a la escultura por su plasticidad, su precisión y su firmeza, ha vuelto a balbucir con Berceo, después de haber llegado a la más alta perfección con Zorrilla, y el opulento, flexible y sonoro verso castellano ha perdido su ritmo, su acentuación y su medida, y es hoy débil y torpe, como pájaro volandero, cuyas alas no le sirven para elevarse confiado y seguro, sino para sostenerse con trabajo y revolver a ras de tierra amedrentado y aturdido.

Y nuestro noble idioma, que fué río caudaloso y profundo, que, como el Ebro, recibió el mismo nombre que la Patria; que, henchido y aumentado con las lluvias del cielo *dilató sus riberas hasta los montes*, como el Betis; y que, como el Tajo, fué más famoso y más rico por el acero templado en sus aguas que por el oro escondido entre sus arenas, en un pueblo a quien siempre deslumbró menos el brillo de las joyas que el resplandor de las espadas, hoy, *sangrado por muchas y diversas vías*, arrastra perezosamente su raudal, que si, amenguado y empobrecido para henchir el álveo natural y glorioso, aún tiene ímpetu excesivo y sobrada corriente para so-

brepujar el cauce artificial y ajeno en que se procura canalizarle y contenerle.

Yo, que amo y venero su sagrado tesoro que se conserva, acrisola y purifica en esta Casa gloriosa, que por especial y único privilegio aún sigue siendo metrópoli espiritual de los pueblos que de la Madre España le recibieron, como dón supremo de amor que sólo de las madres puede recibirse, veo con júbilo que en medio de la diversidad de ideas, de opiniones, de intereses y de creencias que nos separan, aún existe algo que nos junta y nos une, y que podemos con plena razón llamar nuestro; porque, como dijo en ocasión solemne el poeta inmortal que ostentó la medalla que generosamente me habéis concedido, y que en breve he de ostentar con cariño, con gratitud y con respeto,

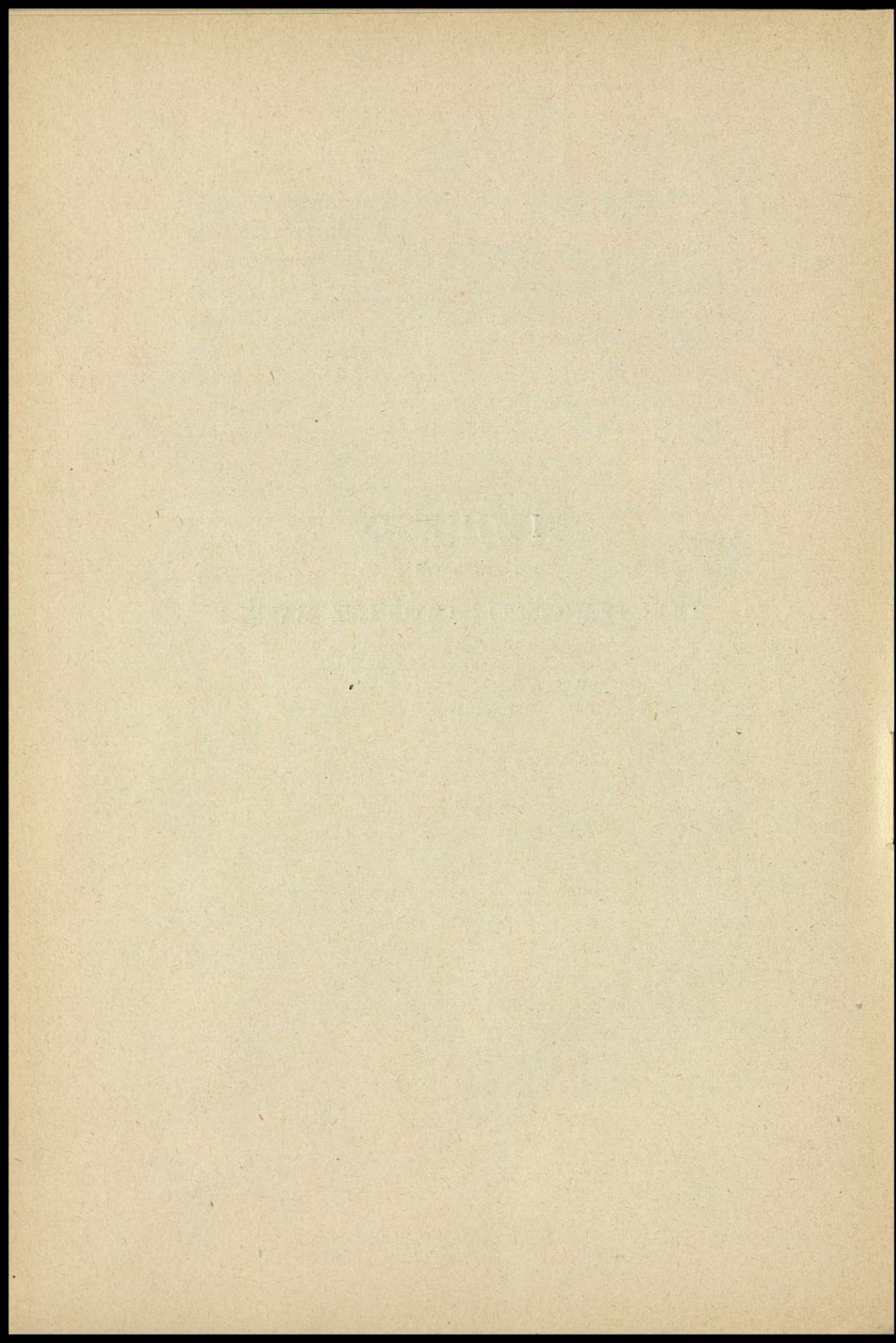
“Cuando todo se arruina y se desploma  
y destrozado a nuestras plantas rueda,  
en tan gran confusión, el patrio idioma  
es el único lazo que nos queda”.

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN





SEÑORES ACADÉMICOS:

Hoy abre esta Academia la puerta grande de su casa, solar nobilísimo de las buenas letras españolas, para recibir en ella solemnemente como académico de número al docto catedrático don Manuel de Sandoval, y poner sobre su pecho, en que palpita un corazón de poeta, de apasionado amor de la cultura y las glorias de su patria, la simbólica medalla que tantos codician, ya con anhelo manifestado francamente, o ya ufanándose de un desdén que están muy lejos de sentir. Hoy, digo, entra por la puerta grande de nuestra casa, engalanada para recibirle, como en día de gran fiesta familiar, y entre numerosa y muy escogida concurrencia de personas invitadas, un modesto y laborioso obrero que por la puerta pequeña, por la única que está abierta los días laborables, entró muchas veces, de noche y en silencio, a compartir, como correspondiente de la Academia, las tareas en que aquí nos ocupamos; y a fe que sus juiciosas observaciones y sus eruditas cédulas lexicográficas nunca desmerecieron de las más atinadas y pertinentes. Con razón, pues, podemos decir que don Manuel de Sandoval *es de la casa* desde hace mucho tiempo. En ella ha demostrado más que suficientemente su pericia literaria; en ella y fuera de ella han lucido sus nobles merecimien-

tos como admirable poeta y competentísimo literato, y la Academia Española, siempre justa, reconociendo tan altas cualidades, les otorga hoy el bien ganado galardón. Tales dotes poseionan desde ahora a Sandoval de uno de los sillones académicos: precisamente, como si en esto se cumpliera un providencial designio, del mismo sillón que en días no muy lejanos ocupó aquel inolvidable maestro del habla y de la poesía que se llamó don Gaspar Núñez de Arce.

Por sus pasos contados, pues, logra don Manuel de Sandoval la preciada investidura académica, que, valga lo que valiere, es, al fin, como decía el insigne Menéndez y Pelayo, “la más alta sanción que entre nosotros tienen este género de merecimientos, sobre todo, cuando la voz del pueblo, que es las más veces voz de justicia y nunca debe ser desdeñada por los varones prudentes, responde unánime desde fuera de este recinto a lo que aquí se acuerda y delibera”. Y en este caso la voz de la Academia y la del pueblo han sido una voz misma: todos, acá y allá, dentro y fuera, todos, sin discrepar ninguno, han reconocido y proclamado la justicia de la elección. “Sandoval será académico”, decían proféticamente, desde hace diez y más años, cuantos acababan de leer y saborear alguna de sus magistrales poesías, de que tan bien parada sale siempre la hermosa, la riquísima, la sin par lengua de Cervantes. Y, en efecto, hoy vemos cumplirse el grato vaticinio.

Ved, recordad conmigo, señores, cómo Sandoval, desde su adolescencia, ha consagrado toda su vida al amor y al cultivo de las letras castellanas, sin compartir su tiempo con otras tareas o aficiones que le apartasen, que siquiera le distrajesen, de su amadísima de-

voción. Nacido el primer día de enero de 1874, licencióse a los veintidós años en la facultad de Derecho, para no volverse a acordar de la Instituta ni de las Partidas, y al año siguiente se doctoró en Filosofía y Letras. Por aquí, y no por ninguna otra parte, iba su vocación, cosa que se echó de ver muy pronto, pues poco después, en 1898, Sandoval ganaba en oposición reñidísima la cátedra de Retórica y Poética del Instituto de Teruel, y en ella, y sucesivamente en las de Soria, Burgos y Córdoba, difundió el vasto caudal de sus conocimientos, enseñando a la adolescencia escolar, con el fervor de un humanista de antaño, el *ars bene dicendi* y las reglas de la Poética, al par que la gloriosa historia de nuestra Literatura. Entre tanto, como se hubiesen hecho honrosamente notorios los muchos merecimientos literarios de Sandoval, esta Corporación le nombró su correspondiente en la Ciudad de los Califas por los años de 1907, casi al par que ingresaba como individuo de número en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, la cual le eligió Director en 1909. Porque es de advertir que durante este tiempo la actividad literaria del recipiendario se había hecho patente no sólo en sus trabajos de cátedra, sino asimismo en algunas obras de mérito relevante, generalmente reconocido, tales como su hermoso poema intitulado *Prometeo*, que prologó nuestro compañero el señor Ferrari y salió a luz en 1895; *Aves de paso*, preciosa colección de poesías publicada en 1904 con prólogo muy encomiástico de don Jacinto Octavio Picón, cultísimo bibliotecario de esta Academia, y *Cancionero* y *Musa Castellana*, nuevas y no menos valiosas colecciones de poesías, publicadas respectivamente en 1909 y 1911. Pero sólo después de estos años han sa-

lido de los moldes de la imprenta los dos mejores libros de Sandoval, uno en verso y en prosa el otro, conviene a saber: la nueva colección de rimas intitulada *De mi mercado*, impresa en 1912 y justamente laureada por S. M. el Rey con el premio "Fastenrath", a propuesta de la Academia Española, y la interesante y muy original colección de artículos rotulada *El Abogado del Diablo* y sacada a la luz pública en 1916. Añádase a estas obras, aunque se imprimió suelta y no tiene cuerpo de libro, la severa, la inspirada, la notabilísima composición poética titulada *Renacimiento*, que en 1915 premió el jurado de los Juegos florales de El Escorial y aplaudieron arrebatadas por entusiasmo vivísimo las siete mil o más personas que escucharon su lectura en el gran patio de los Reyes de aquel templo majestuoso.

Aún más que por su número, que ciertamente no es muy crecido, las obras de Sandoval, cuya edad tampoco es avanzada, y promete para tiempo no lejano frutos todavía más sazonados y abundantes, son de muy subido precio por su exquisita calidad, circunstancia a que ha de mirarse principalmente al juzgar toda labor ajena. "Lo grande no está en lo mucho —decía con ácierto Espinosa Medrano—. Nunca es poco lo bueno. El bulto del libro sólo denota que tiene mucho papel. No crecen los tomos por echar hojas, sino por madurar frutos: eso les quedó a los libros de su linaje de árboles."

Harto fácil, sin duda, habría de serme comunicaros mi opinión acerca de las obras poéticas de Sandoval y acerca de la calidad del estro de su autor; pero como tal opinión podría parecer apasionada a cuantos tienen noticia de la estrecha amistad que a él me une, y, por



Otra parte, este juicio concuerda de todo en todo con el emitido por el señor Picón, prefiero copiar algunas líneas de su mencionado prólogo, y eso, señores, iréis ganando, porque todo él está escrito con la elevación de pensamiento y la galanura de frase propias del ilustre académico, novelador y crítico. “Tengo a Sandoval —decía— por poeta muy penetrado del espíritu de nuestra raza y sin mezcla alguna de elemento extraño. Antes impresiona y deleita con lo que pinta que con lo que siente; su potencia descriptiva presta alma a las cosas y da plasticidad al pensamiento; traza y colora con tal energía lo visto por sus ojos o forjado por su imaginación, que deja en la mente ese rastro que la lleva desde la visión de lo material a las ideas y sentimientos por ella sugeridos: la llanura de surcos que el sol caldea no es en sus versos más que el abrasado escenario donde trabajan los segadores; pero con tan intenso realismo presenta el cuadro, que las figuras puestas en él parece que respiran, y sobre el vaho de los terruños, por las doradas aristas de la paja, vemos caer el sudor y las lágrimas, que mueven a piedad. Así la poesía infunde alma a la materia y saca de ella la luz divina de la idea.

”En lo tocante a la técnica, como versificador, Sandoval es correcto y castizo. No incurre en el error de confundir el arcaísmo ridículo con el verdadero amor al idioma, que hace buscar hasta encontrarla la voz adecuada para nombrar o calificar cada cosa y aquilatar cada sentimiento. A la claridad y pureza que de aquí se derivan presta mayor encanto la delicadeza de su oído, con que imprime al ritmo y a la rima la grata frescura de lo que parece hecho sin esfuerzo: los versos salen de su pluma fáciles, amplios, llenos,

sonoros, como corriente de agua limpia, caudalosa y serena.

”Por el espíritu y la forma —añade el docto prologuista— es eminentemente español. Quizá para otros no sea esto un elogio; para mí es cualidad inapreciable, porque no creo que el hombre, ni aun a fuerza de talento y estudio, puede borrar el sello que le imprimió Naturaleza y marcarse con uno diferente. Admiremos a los grandes ingenios de otras tierras; guardemos el amor para los de la nuestra.”

Y no ya un académico de la Española; la Academia misma emitió acerca de este libro un informe harto laudatorio, cuyas son las palabras siguientes: “No tocado ni en lo más mínimo por el pernicioso afán de extravagancias —mejor pudiera decirse de perversión del sentido artístico—, que tantos estragos hace entre los escritores de la nueva generación, Sandoval descubre desde luego en sus poesías que ha sabido educarse en la buena escuela española y que ha logrado aprovechar sus enseñanzas, puliendo y perfeccionando con ellas las cualidades propias de su espíritu.”

¿Qué habré de añadir a lo copiado, si en ello está resumido muy hábilmente cuanto importa saber acerca del mérito del poeta? Este mismo va a confirmar ante vosotros la justicia de tales apreciaciones. ¿Cómo? Trayendo yo al presente discurso, para que las admiréis una vez más, porque doy por hecho y sabido que antes de ahora las leísteis, algunas poesías del nuevo colega. Elijo entre las más breves: entre sus sonetos, para que os preguntéis, como yo me pregunto, si no parece que por la gallarda pluma de Sandoval han vuelto al mundo los mejores sonetistas de nuestro siglo de oro: aquellos gloriosos varones que

se llamaron Lope de Vega, Argensola, Arguijo, Quedo, Medrano, Góngora... Ved si el siguiente soneto amoroso, intitulado *Amor eterno*, no podría entrar en docena con once de los mejores del mejor tiempo de nuestras musas:

“Sé que en el mundo, que juzgué vacío,  
existe una mujer a quien adoro,  
que triste llorá cuando triste lloro  
y alegre ríe cuando alegre río.

Sé que su mente anhela lo que ansío  
y que lo mismo que en el laúd sonoro  
palpitan a compás las cuerdas de oro,  
vibran al par su corazón y el mío.

Sé que en el mundo nos juntó la suerte,  
y que no extinguirá mi amor eterno,  
aunque nos llegue a separar, la muerte,  
pues vendrá en la otra vida su memoria  
a mitigar las penas del infierno,  
o a turbar las delicias de la gloria.”

Otra musa, la patriótica, a quien indigna y subleva el contemplar el origen de muchos de los males de España, inspiró valientemente estotro soneto dirigido *A Don Quijote*:

“Quebranta del sepulcro que te encierra,  
manchego ilustre, la pesada losa,  
y vuelva tu locura generosa  
a ser pasmo y asombro de la tierra.

Ya Rocinante, tu corcel de guerra,  
te aguarda fiel al borde de la fosa:  
monta, enristra la lanza ponderosa,  
y contra el mal y la injusticia cierra.

Sin miedo a que te ultrajen a mansalva  
forzados viles y asquerosos cerdos,  
¡sal, como antaño, al despuntar el alba!

¡Vuelve al campo que pueblan tus recuerdos,  
a ver si un loco regenera y salva  
la nación destrozada por los cuerdos!”

Discúrrase, en fin, qué podría pedirse, de pensamiento o de forma, que añadiese un quilate siquiera

a la perfección de este soneto de asunto moral, dirigido *A un impaciente*:

“Lo que no logres hoy, quizá mañana  
lo lograrás; no es tiempo todavía:  
nunca en el breve término de un día  
madura el fruto, ni la espiga grana.

No son jamás en la labor humana  
vano el afán e inútil la porfía:  
el que con fe y valor lucha y confía,  
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera; que en el mundo  
nada existe rebelde ni infecundo  
para el poder de Dios o el de la idea.

¡Hasta la estéril y deforme roca  
es manantial cuando Moisés la toca  
y estatua cuando Fidias la golpea!”

Aunque bien se coligen por estas elocuentes muestras las altas y brillantes dotes de la musa de Sandoval, con verdadero disgusto prescindo de recordaros, siquiera fragmentariamente, poesías tan hermosas como las tituladas *La Catedral de Burgos*, *Rodrigo de Triana*, *La siega*, *Renacimiento* y otras, en las más de las cuales van de la mano, como inseparables amigas, la sutil penetración psicológica del estro de Campoamor y la castiza y maravillosa rotundidad de los versos de Núñez de Arce. Empero no sabré resistirme a la tentación de honrar este desmañado discurso insertando en él una de las poesías más recientes de Sandoval, que tiene por título el nombre de un gentilísimo caballero que supo vencer gloriosamente, pero no quiso experimentar

“cuánto corta la espada en un rendido”;

antes al contrario, le trató como con la soberana elocuencia de sus pinceles nos muestra aún hoy el insuperado e insuperable sevillano Velázquez en su porten-

roso cuadro de las lanzas. Habilísima explicación y muy substancioso comentario de esta pintura es la aludida composición de Sandoval, que se titula *Ambrosio de Espínola*. Escuchadla:

“Ese gran caballero que cruzado  
por rica banda de joyante seda,  
lleva el arnés de acero empavonado,  
es Ambrosio de Espínola, afamado  
conquistador de la ciudad de Breda;  
el general experto y aguerrido  
que en cada empresa realizó una hazaña;  
que trocó en marquesado su apellido,  
y en tierra propia convirtió la extraña,  
pues, cual Colón en Génova nacido,  
como él se hizo inmortal sirviendo a España.

Benévolo y afable, como en muestra  
de que el triunfo alcanzado no le engríe,  
con gallardo ademán, mientras sonríe,  
pone en el hombro de Nassau la diestra  
y deja caer la izquierda, que, plegando  
contra la copa del chambergo el ala,  
apoya en el quijote la bengala,  
signo de su poder y de su mando.

Apenas si en su rostro se adivina  
el júbilo triunfal que su alma llena,  
porque en ella no arraiga ni germina  
la cobarde crueldad, baja y mezquina,  
que se complace en la aflicción ajena.

Por eso hacia Justino el brazo extiende,  
para que no hincque en tierra la rodilla,  
al ver que, arrebolando su mejilla,  
la llamarada del rubor se enciende;  
y sin el vano alarde del que ofende  
ni el desdén compasivo del que humilla,  
sino con la absoluta y confiada  
serenidad del vencedor que sabe  
luchar de igual a igual, toma la llave,  
pero no le despoja de la espada.

Y hay algo que subyuga y que fascina  
en su ademán, su gesto y su apostura,

cuando hacia el mismo a quien rindió se inclina  
con toda la elegancia y la soltura  
del gran señor que, cortesadamente,  
doblega sin esfuerzo la cintura  
porque no tiene que abatir la frente.

—  
Cada vez que en la sala del Museo  
con renovada admiración el grupo  
del vencedor y del vencido veo,  
tal como el genio eternizarle supo,  
más que con el pincel con el deseo,  
al frente de las lanzas de Castilla  
contemplo absorto la atractiva y noble  
figura del Marqués, que con el doble  
fulgor del arte y de la gloria brilla,  
y que sin odio, ni rencor, ni saña,  
parece que me dice desde el lienzo:  
“¡La victoria mis pasos acompaña,  
”porque soy digno de vencer, y venzo  
”noble y cristianamente, como España!”

Así, señores Académicos, escribe don Manuel de Sandoval, en cuyos versos —y en cuya prosa, que ciertamente no les va en zaga— no hallará el rebuscador más prolijo voces ni maneras de decir ajenas a nuestro noble solar castellano. Así escribe, y tales son la limpidez de su frase, la elegancia de su estilo, la alteza de su pensamiento y la serena y varonil valentía de su hidalguísima inspiración. Decía Píndaro que todo lo que tiene en sí gusto suave y sazonado fué aderezado por mano de la gracia y buen donaire. ¡Sólo estos simpáticos y bulliciosos duendecillos colaboran como íntimos familiares con Sandoval, cuando brotan de su pluma tan garridos primores!

Dado lo que opinò que debe ser un discurso académico de contestación, aquí podría acabar el mío, con unas cariñosas palabras de bienvenida al nuevo compañero, a quien de derecho pertenecen todos los hono-

res de esta fiesta; pero un poco porque podría parecer descortés no tratar, siquiera ligeramente, de alguno de los puntos de la interesante disertación que le hemos oído, y otro poco porque uno de ellos toca en materia que entra de lleno en mis predilectas aficiones, me detendré a glosar ese punto, sin perder de vista el deber que tengo de no abusar demasiado de vuestra benévola atención.

Enunciando el señor Sandoval la primera parte de su tesis, ha asentado la afirmación de que en las obras literarias existe o puede existir un germen sutil que escapa a la perspicacia de la crítica de los contemporáneos; pero que, desenvuelto por la acción de los años o por la fuerza de los hechos, parece renovar la conocida parábola evangélica del grano de mostaza. Y al considerar después, muy atinadamente y con novedad de expresión, que hay obras en las cuales “existe algo semejante a la fertilidad nunca extinguida de la tierra, o a la fecundidad siempre renovada del grano”, ha estudiado este notable fenómeno, fijando con especialidad su atención en la gran novela de Cervantes, para discernir lo que un autor puso deliberada y conscientemente en su obra y lo que hay en ella de inconsciente y de involuntario; “y así como se sorprendería —añade con apropiado símil— el que viera cubierta de mieses doradas la tierra que removió primero y apisonó después para conservar un tesoro, así los mismos autores se quedarían sorprendidos al ver que sus obras alcanzan una importancia y una trascendencia infinitamente mayores que lo que ellos pudieron imaginar, ni apetecer siquiera..., y tendrían que confesar, absortos y maravillados, que nunca pudieron sospechar que era trigo lo que creyeron

que era oro, y que lo que hicieron fué sembrar, cuando pensaban que escondían.”

Unos cuantos testimonios entresacados de escritores del tiempo de Cervantes, y aun de las manifestaciones del mismo Príncipe de los ingenios españoles, que, por ser suyas, no pueden dejar de merecer el nombre de interpretación auténtica para todo hermeneuta de la crítica literaria, demostrarán con claridad meridiana, confirmando y robusteciendo las bien meditadas apreciaciones del señor Sandoval, que a Cervantes, por el poder instintivo y la fuerza creadora de su genio, acaeció al escribir el *Quijote* cosa parecida a lo que había sucedido a Colón cuando descubrió el Nuevo Mundo: ni el uno ni el otro se dieron cuenta cabal de la grandísima importancia de las empresas a que respectivamente habían dado cima.

Veamos cómo fué harto diferente del de hoy el concepto que los contemporáneos de Cervantes formaron de este gran libro y de su protagonista, e indaguemos entre qué clase de personas tuvo la inmensa mayoría de sus lectores.

Escrito *El Ingenioso Hidalgo*, según expresa y repetida manifestación de su autor, con el único propósito de desterrar la vana lectura de los libros de caballerías por medio de una festiva parodia de las andanzas de sus héroes, nadie vió en el *Quijote* más que un libro gracioso y entretenido, bueno como ninguno para pasar el rato y divertir el ocio con los diálogos sabrosísimos del ridículo caballero andante y su donoso escudero, cien veces apaleados y maltrechos en la larga serie de sus desventuradas aventuras. Así, el clérigo andaluz don Juan Valladares de Valdelomar, al ofrecer a sus lectores su insulso engendro titulado *El Ca-*



*ballero Venturoso*, que no llegó a ver de molde, pero cuyas aprobaciones obtuvo en 1617, dos años después de haber salido a correr el mundo la segunda parte de la novela cervantina, decía entre otras cosas: “Hallarás, pues, que, como auctor sacerdote y solitario, no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*; no las batallas fingidas de *El Caballero de Febo*; no sátiras y cautelas del agradable *Pícaro*; no los amores de la pérfida *Celestina* y sus embustes, tizonos del infierno, ni menos *las ridículas y disparatadas fisgas de “Don Quijote de la Mancha”*, que mayor la deja en las almas de los que leen con el perdimiento del tiempo; sino doctrina pura y sincera.” Pero ¿qué mucho que esto dijese el buen clérigo? Sabido es que aquel “monstruo de naturaleza” que se llamó Lope de Vega Carpio, como tuviése noticia del *Quijote* meses antes de la publicación de su primer volumen, escribía desde Toledo a un médico su amigo, bien que con pluma más mojada en la bilis de su animadversión que en la tinta de su tintero: “De poetas no digo: buen siglo es éste; muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, *ni tan necio que alabe a don Quixote.*” Con esta apreciación, pero sin la disculpa de la enemistad personal, vino a coincidir diez lustros después el juicio del padre Baltasar Gracián, pues, figurando en la segunda parte de *El Criticón* que un sujeto a quien hallaron un libro de caballerías fué apremiado para restituirlo a los escuderos y boticarios, únicos lectores que habían quedado a este linaje de obras, y como no faltase quien pidiera facultad para leer las de algunos otros autores que habían escrito contra semejantes disparates burlándose de tan quimérico trabajo, “respondióles la Cordura que de ningún modo, *porque era dar del lodo en el cieno*, y

había sido querer sacar del mundo una necesidad con otra mayor”. Estas últimas palabras demuestran que aun mediado el siglo XVII, la gente seria y granada, que, ni más ni menos que la vulgar, no había pasado de la corteza del *Quijote*, solía tener en poco su lectura, si bien admirase, más por otras obras que por ésta, el feliz ingenio de su autor.

Que la grande popularidad que desde su salida obtuvo la maravillosa novela se debió a sus agudezas y gracias, y no a la excelencia y exquisitez de su fondo, diólo a entender claramente Roberto Duport al dedicar en 1626 a don Agustín de Funes su edición de la obrita de Quevedo intitulada *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos*: “Me ha parecido —decía— dedicarle este libro, émulo de *Guzmán de Alfarache*, y aún no sé si diga mayor, y tan agudo y gracioso como *Don Quixote*, aplauso general de todas las naciones.” Así, pues, la lectura de esta obra no era, como es en nuestros días, escogido alimento y enseñanza provechosa al par que amena de almas delicadas y superiores, sino manjar apetitoso apropiado principalmente para el paladar de la gente frívola y amiga de holgarse. Véanse algunos ejemplos. En el tercer acto de *La casa del tahur*, comedia, creo que inédita todavía, del guadijeño Mira de Amescua, Marcelo encuentra leyendo a *la Madre*, que por este falso nombre y por sus demás circunstancias se echa de ver que se ha criado en la escuela de *Celestina*, y dicen:

“MARCELO. Siempre tan bien ocupada:  
siempre leyendo, señora.  
MADRE. Doy a los libros un hora.  
MARCELO. ¿Quién es?  
MADRE. Fray Luis de Granada.”

Pero pronto se advierte su embuste, porque, asomándose Roque por detrás de la silla de *la Madre* para ver lo que leía, prosigue el diálogo de esta manera:

“MADRE. (Ap.) Pagarme tienen escote  
de la burla ambos a dos.

ROQUE. ¡ Señor, señor, vive Dios  
que es el libro *Don Quixote!*”

Y no menos significativa es una referencia del licenciado Juan de Robles en la primera parte de *El Culto sevillano*, ya escrito en 1612, donde habla de “algunos mozos de poca experiencia que, como con la corta vista de los pocos años no han llegado aún a ver el sol, tienen por luz el más dudoso crepúsculo del alba; esto es, que en habiendo leído a *Guzmán de Alfarache* o a *Don Quijote*, o viéndose en la segunda clase de la Compañía, se sueñan catedráticos de Salamanca”.

Mas, por ventura, ¿no es esto mismo lo que muy a las claras manifestó Cervantes por boca de Sansón Carrasco en uno de los primeros capítulos de la segunda parte de su obra inmortal? Vedlo: “...los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto un rocín flaco, cuando dicen: “Allí va” Rocinante.” *Y los que más se han dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un “Don Quijote:” unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden.*” Con todo, el testimonio más terminante del concepto que el ínclito autor complutense tenía de su novela no está en las páginas de esta obra, sino en las del *Viaje del Parnaso*, en cuyo capítulo IV dijo:

“Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
al pecho melancólico y mohino  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.”

*Pasatiempo*, agradable *pasatiempo*, y no sabias lecciones que aprender, ni peregrinos modelos que imitar, ni hondas filosofías en que enfrascar el espíritu, creyó Cervantes haber dado al mundo en su *Ingenioso Hidalgo*; dícelo sin modestia, y aun con jactancia, al enumerar sus méritos; dícelo nada menos que ante Apolo; y si algo más y de mejor calidad que mero pasatiempo imaginara que había dado en su novela, ¿qué ocasión más oportuna para decirlo? ¿Cómo había de callarlo en esta tan solemne, en que, hablando ante el dios de la Poesía, proclama que en la invención excede a muchos y protesta, con lengua turbada por el despecho, contra la injusta persecución de que le hacía víctima la airada fortuna?

Esto, por lo que hace al libro; que por lo tocante a su protagonista en el mismo *Quijote* —y ya queda advertido en otro lugar— hay frases que demuestran, sin dejar resquicio por donde asome la duda, que Cervantes distó mucho de tratar a su buen hidalgo manchego con la alta estima en que le tenemos hoy, como dechado y compendio de la hidalguía más acrisolada que vió el mundo. Ya en los versos preliminares denutesta a don Quijote su propio caballo, diciendo:

“¿Cómo me he de quejar de mi dolencia,  
si el amo y escudero o mayordomo  
son tan rocines como Rocinante?”

Y en el capítulo XXIX de la segunda parte, acabada tan infelizmente como todos sabéis la única aventura *naval* que hay en la novela, mientras se recogían los molineros a sus aceñas y a sus ranchos los pescadores,

“volvieron —dice el preclaro novelador— a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.” ¿Cuándo hubiera dicho cosa semejante de don Quijote quien de tan excelsa creación tuviese el concepto elevadísimo que hoy tiene el mundo entero?

En el no ver en su famoso libro las románticas sublimidades que vemos ahora, Cervantes era uno de tantos hombres de su tiempo. “Para su autor, como para sus lectores —dije en una de mis notas a la que con razón se ha llamado “Biblia humana de la Edad moderna”—, don Quijote no fué durante todo el siglo XVII y una gran parte del XVIII sino un sujeto de buen talento, extraviado ridículamente por su locura; lo mejor, lo más espiritual del héroe, las delicadas excelencias de su alma, estaban en el libro, sí; pero su mismo padre, aun teniéndolas por personales suyas, no llegó a verlas clara y cabalmente, ni menos a aquilatarlas y ensalzarlas como era debido. Somos los lectores de todo el mundo los que, andando el tiempo, y poco a poco, hemos descubierto y relevado lo mejor del tesoro del gran libro de Cervantes, y en este sentido podría decirse que hemos colaborado con él, y que, al aplaudir su obra, aplaudimos, al par que la magnitud y exquisita calidad del portentoso ingenio que la creó, el laudable esfuerzo con que entre todos, españoles y extranjeros, hemos logrado calar hasta su fondo y aquilatar su alcance y trascendencia. Por esta causa, entre otras, el *Quijote* ha llegado a ser tan nuestro, tan de toda la humanidad culta, como del mismo Cervantes.”

Quevedo, aunque era en realidad, como de él dijo Lope de Vega,

“espíritu agudísimo y suave,  
dulce en las burlas y en las veras grave”,

al acordarse de la enfermedad y muerte de don Quijote, no supo tratar su testamento sino con agrias burlas, parodiándolo en aquel romance que comienza así:

“De un molimiento de güesos,  
a puros palos y piedras,  
don Quixote de la Mancha  
yaze doliente y sin fuerzas.”

En tal testamento don Quijote lega ciertos puñetes al moro encantado que le maltrató en la venta, y deja a Dulcinea del Toboso cien cargas de leña, de los palos que él había recibido, y manda que le pongan este epitafio:

“Aquí yaze Don Quixote,  
el que en provincias diversas  
los tuertos vengó y los bizcos,  
a puro vivir a ciegas.”

Hoy no habrá quien no tenga por apócrifo ese mal llamado *testamento de Don Quijote*, y aun todos lo rechazamos por ofensivo para su buena memoria. Hoy no puede tratarse así al valeroso Caballero de los Leones, al nobilísimo defensor de los débiles y los oprimidos, al que se preciaba de no ser “de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes”, y menos al recordar sus últimos instantes, que hacen asomar las lágrimas con aquella melancólica referencia al refrán: “¡En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño!”, y con aquellas ternísimas palabras del fiel escudero: “No se muera vuesa merced, señor mío... Quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea, que no haya más que ver.” Hoy, en fin, hablamos con respeto y amor de aquella incomparable

criatura, de aquel fervoroso amigo del ideal, que aun después de ser vencido en Barcelona, exclamaba: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra”; y para recordar la muerte del dos veces *bueno*, si bueno como Alonso Quijano, mejor todavía como don Quijote de la Mancha, pues ni cuerdo ni loco supo ni quiso alentar sino para el bien su alma generosa, repetimos tristemente con el poeta lusitano Gonçalves Crespo:

“Logo depois cahiu no respaldar do leito,  
morto, tendo no labio um riso de criança”;

y para invocar su augusta sombra, recordamos las reverentes estancias de Rubén Darío:

“Rey de los hidalgos, señor de los tristes,  
que por fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón...”

*Inter folia fructus.* ¡Tal fruto habían escondido entre las hojas del *Quijote* el poderoso instinto y la fuerza creadora del genio, y tanto ha progresado nuestro conocimiento del gran libro de Cervantes, y del héroe que, teniendo por campo de sus aventuras una exigua parte de España, llena con su fama todo el mundo y, sin haber nacido realmente a la vida terrena, ha logrado el premio inmarcesible de la inmortalidad!

